

UN MUNDO DE MUJERES FEROZMENTE TIERNAS

Por JOSÉ ANTONIO TORREBLANCA



o que la calle española tiene de coto para el turista del floreo, mantiene un límite sacramental que impide al contemplador de mujeres caer en la bacanal de las miradas. Se trata de esto: Cuando ellas caminan exhalando la deliciosa pasión de sentirse tenazmente observadas por un hombre, siempre llega el momento de pasar frente a la puerta de una iglesia.

La mujer, entonces, salvo casos en que su inmodestia tiene pacto de no agresión con la fealdad, hace con amplia naturalidad la señal de la cruz desde la frente al límite máximo del escote. Y ya cristianizado el lance, tácitamente se establece que toda forma de amor no bien ratificada por Nuestra Santa Madre Iglesia, ofrece dificultad.

Observaba Stendhal que las mujeres francesas se miran unas a otras, mientras las italianas miran a los hombres y las españolas se dejan mirar por ellos. Y esto último es lo terrible. Porque en ese modo de quedar imantadas bajo la mirada experta del caballero, suele haber una fuerza pasiva y tremenda. Es un estado de impregnación quieta, un atesoramiento idólatrico, como si ahorraran en silencio lo que les está pasando. Y cuando el solo merodeo del amor alcanza grados tan delirantes de importancia, ya se comprende que sin las atenuaciones de la teología moral, la mujer hispánica llevaría mucho perdido. Su fuerza es la pasión y el disimulo, el garbo y la moderación.

El resultado más trascendental de ese pacto entre el instinto y la civilización, es la influencia radical que las mujeres de nuestra estirpe tienen en nuestra vida y en la de nuestros pueblos. Se está diciendo ahora mucho por los analistas de este tiempo de crisis, que los Estados Unidos son un país gobernado por las mujeres, como si humanamente fuera posible alguna forma civilizada de convivencia en la que ellas no dieran la norma inviolable y la medida real de las cosas. Lo que sucede es que toda mujer que ha perdido la garantía de la indisolubilidad del matrimonio ha de recuperar como ciudadana lo que como hembra se le ha extraviado: su quietud soberana, su tierra de promisión. Y mientras la constitución vital de nuestras familias mantenga esa «postergación» que hace de nuestras mujeres criaturas irrepresentativas pero autocráticas y eternas, no temo que el motor de explosión ni la técnica del clima acondicionado destruyan su trono. Es verdad que la ley de la soberanía es el consentimiento, pero más cierto es que la raíz secreta del poder es la felicidad. No creo que las damas licurgas puedan ser felices.

El hombre tiene en la intimidad de la mujer hispánica un valor absoluto. A cambio de no dejarnos vivir algunas veces, casi ninguna vez nos dejan morir. Hay algo que la hispánica de raza considera como una afrenta personal, y es la visión del hombre propio con un delantal anciano entre la artillería de los cacharros de cocina. Estamos relativamente preservados del «self-huevo frito» y del turno taciturno en la guarda y lactificación del braguillas. No exageremos más las comparaciones que han hecho de nosotros los que Mr. Churchill llama los Narcisos de la Cristiandad. Pero tampoco olvidemos que el Satanás de Milton era ambiguo y tenía todas las virtudes humanas, menos dos: la caridad y la prudencia. Dos virtudes en que nuestras mujeres son verdaderamente acaudaladas.

El temperamento en crudo podía hacer de ellas verdaderas villanas al abordaje, portentos inimaginables de liviandad. Pero las salva siempre la Fe y la altísima estimación del hombre. Sólo el desdén puede corromper a las desdeñosas. Desde el libro de Judit no se han dicho a un hombre conceptos más delirantes, de una hermosura tan abrupta, como los de Casilda a Peribáñez en asuntos de los que Lope estaba bastante enterado:

«No hay pies con zapatos nuevos
como agradan tus amores;
eres entre mil mancebos
hornazo en Pascua de Flores
con sus picos y sus huevos.

Pareces en verde prado
toro rojo y bravo, echado;
pareces camisa nueva
que entre jazmines se lleva
en azafate dorado,

Pareces cirio pascual
y mazapán de bautismo,
y parécete a ti mismo
porque no tienes igual.»

Es una cualidad, la de dispararse, que el español exige a la mujer, con la sola condición de que no la practique. En una canción popular del siglo XV, recogida por don Ramón Menéndez Pidal, se enumeran así las excelencias del país:

«Villanueva del Camino
gran colodra e poco vino.
Córdoba, cordoveses
aguas frías, mujeres calientes;
caballos corredores, onbres traydores
los de cavalo, mas non los peones».

Y en el «Diálogo de la lengua», Juan de Valdés transcribe otro viejo cantar castellano donde se exige a la mujer:

«Ha de ser tan a la mano,
tan blanda y tan halagüeña
la dama desde pequeña,
que sepa cazar temprano;
y si su tiempo lozano
zahareña lo depende,
tírala dende.»

La calidad de una hermosura que, a pesar de no responder a las medidas del Firenzuola para las damas del Renacimiento—pierna larga, cuello esbelto, etc., universalmente exigidas hoy—, alcanza innegable reputación, se refieren a esta esencial aptitud de asalto moderada por la prudencia cristiana. No deben ser juzgadas las mujeres de una época por retratos ocasionales, ni por alusiones anecdóticas. Vale más al que escribe sobre mujeres una cierta experiencia atemperada por una saludable resignación, pues en ellas es natural el enmascaramiento diversivo y engañan a los exasperados. Por ejemplo, no se podría juzgar a la mujer francesa, ni siquiera a la propia madame de Stael por el hecho de que siendo todavía mademoiselle Nécker procurase siempre, públicamente, no desnudarse ante el perrito de su madre, aunque sí lo hacía, por la indiferencia del sexo, ante la perrita de su padre. Ni tampoco a las ciudadanas de la vieja Italia helenizada que gobernaba Carontas, por el hecho de serles prohibido ir acompañadas de más de una sirvienta, «a no ser que estuvieran bebidas», ni salir de la ciudad «como no fuera para malograrse», ni llevar trajes bordados, «si no eran hetairas». Ni menos a las mujeres honestas del tiempo de Cervantes, que habiendo sido impuesto a las cortesanas el uniforme de tocas azafrañadas sujeto con broche de latón dorado, dieron en ponerse con terquedad siempre repetida, las tocas y el broche infamantes.

No se puede juzgar a la mujer hispánica por el modelo de doña Manuelita Saénz, la novia del Libertador, que apareció en la puerta de la alcoba y puso la espada en el pecho del capitán Carujo mientras Bolívar huía por la ventana. No revela Agustina de Aragón una especial vocación de la mujer española para la artillería de sitio y posición. Pero en estas mujeres y en otras de más altos pensamientos sí está esa tierna ferocidad hispánica que vuelve hermosas a tantas damas en el momento de escuchar un madrigal o, más moderadamente hermosas, en el momento de dar una bofetada al indiscreto.

Tierra de viudas colosales, gracias a cuyo substancial heroísmo resultan menos graves el cáncer marital, el obligado decoro mesocrático y la irrisoria pensión de las Clases Pasivas, es hoy, desde Alicante al Pacífico, la única tierra en que resulta injusto aquel consejo del Eclesiastés, «ne dederis mulieribus substanciam tuam». Pues si no les pagamos con nuestra vida misma, ¿qué presentaremos a Dios Nuestro Señor en las manos vacías cuando vayamos a decirle que no supimos ser santos?

C.Y.R.A.S.A.

CONSIGNACIONES Y REPRESENTACIONES AEREAS, S. A.

Capital: Ptas. 4.500.000

Consignaciones.

Aéreas, solucionando a las Empresas, tripulantes o viajeros todos los trámites de llegada, ruta y despacho.

Representaciones aéreas.

Administración de Compañías de Aviación ante los Organismos oficiales y particulares.

Mercancías.

Recepción y envío de mercancías de y al mundo entero, por cualquier medio de transporte.

Aduanas.

Despacho de mercancías, documentación, manifiestos, etc.

Agencia de viajes.

Billetes y pasajes.
Viajes a *forfait*.
Servicio de hoteles.
Servicio de automóviles.
Cambio de moneda.
Guías-intérpretes.
Asesoramiento.

Seguros.

De personas, aviones, equipajes y mercancías en general.



CONSEJO DE ADMINISTRACION

Presidente:

Excmo. Sr. D. Ernesto Anastasio Pascual.

Vicepresidente:

Excmo. Sr. D. Arsenio Martínez Campos.
Duque de Seo de Urgel.

Consejeros:

Excmo. Sr. D. José María de Areilza.
Conde de Motrico.

Ilmo. Sr. D. Fernando Martínez Gallardo.

D. José María Olaso y García-Ogara.

D. Francisco Ramírez Zurbano.

D. José María García y García.

D. Ernesto Anastasio Pastor.

Excmo. Sr. D. Juan Herrera Fernández.
Marqués de la Viesca.

D. Eduardo de Aznar y Cortés.

Casa Central:

AVENIDA DE JOSE ANTONIO, 32

Teléfonos 2113 03 y 2175 57

Dirección Telefónica: CYRASAVIAS

Delegación Urbana:

BARAJAS (Aeropuerto)

MADRID

Delegaciones y agencias en toda España
y en el extranjero.